

« templo. El de Júpiter de Olimpia tiene doscientos y treinta pies de largo, noventa y cinco de ancho, y sesenta y ocho de elevacion. El de Júpiter de Agrigento en Sicilia tiene trescientos cuarenta pies de largo, ciento sesenta de ancho, y ciento y veinte de altura\*.

« Variedad en el número de columnas. Unas veces se ven dos, cuatro, seis, ocho, y hasta diez en ambas fachadas: otras veces no se ponen mas que en la fachada anterior. Algunas veces dos filas de columnas forman en derredor un pórtico doble.

« Variedad en los ornamentos y proporciones de las columnas y cornisas. Aquí es donde brilla el genio de los Griegos. Despues de muchos ensayos, habiendo reunido sus ideas y sus descubrimientos en sistemas, compusieron dos géneros ó dos órdenes de arquitectura, cada uno de los cuales tiene su caracter distintivo y sus bellezas particulares; el uno mas antiguo,

\* Longitud del templo de Olimpia, doscientos diez y siete pies nuestros, dos pulgadas y ocho líneas: latitud, ochenta y nueve pies, ocho pulgadas y ocho líneas: altura, sesenta y cuatro pies, dos pulgadas y ocho líneas. Longitud del de Agrigento, trescientos veinte y un pies, una pulgada y cuatro líneas: su anchura, ciento cincuenta y un pies, una pulgada y cuatro líneas: su altura, ciento y trece pies y cuatro líneas. Winckelmann presume con razon que la anchura de este templo era de ciento y sesenta pies griegos, en lugar de sesenta que pone el texto de Diodoro, cual le tenemos hoy día.

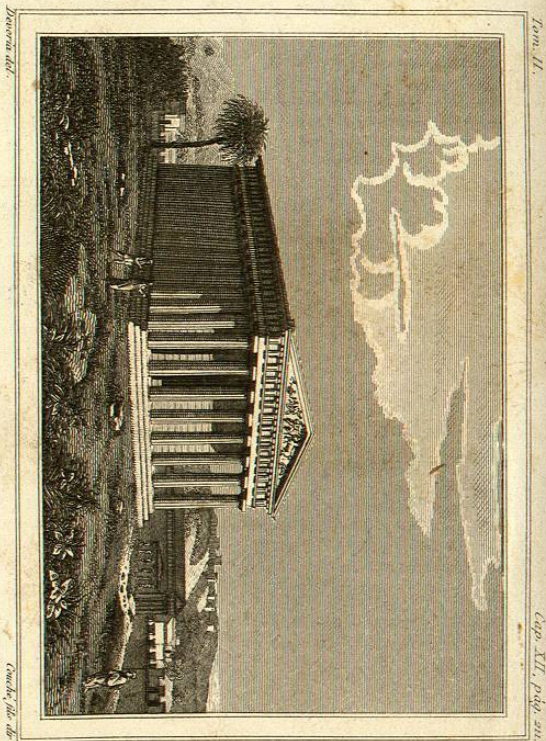
« mas varonil, mas sólido, llamado dórico; el  
« otro mas ligero y mas elegante, llamado jóni-  
« co. No hablo del corintio, porque esencial-  
« mente no se distingue de los otros dos.

« Variedad, últimamente, en lo interior de los  
« templos. Algunos tienen un santuario inaccesi-  
« ble á los profanos. Otros están divididos en  
« muchas partes. Haylos en que, ademas de la  
« puerta de la entrada, tienen otra en la parte  
« opuesta, ó cuyo techo está sostenido por una  
« ó dos filas de columnas\*.

« Para que podais juzgar mejor de la forma de  
« nuestros templos, añado á mi carta otros tres  
« diseños, en que hallareis la planta, la fachada  
« y la vista del Partenon, que está en la ciuda-  
« dela. Tambien remito la obra que compuso  
« Ictino sobre este hermoso monumento. Ictino

\* Parece que al principio fueron muy pequeños los templos de los Griegos. Cuando les dieron mayores proporciones, imaginaron sostener el techo con un solo orden de columnas puestas en lo interior del templo, con otras encima que se elevaban hasta la cumbre. Esto es lo que se habia hecho en uno de aquellos antiguos templos, cuyas ruinas he visto en Pesto.

En lo sucesivo, en lugar de una fila sola de columnas, se pusieron dos, y entonces se dividieron los templos en tres naves. Tales eran el de Júpiter en Olimpia, como lo testimonia Pausanias; y el de Minerva en Atenas, como lo ha averiguado M. Foucherot. Del mismo género era el templo de Minerva en Tegea, construido por Escopas: Pausanias dice que el primer orden de columnas de lo interior era dórico, y el segundo corintio.



III. PARTHENON.

Gravé par M. de

Cap. XII. pl. 111.

« era uno de los dos arquitectos encargados por  
 « Pericles de su construccion: el otro se llama-  
 « ba Calicrates.

« Por cualquiera parte que se llegue, sea por  
 « mar, ó por tierra, se le ve desde lejos descollar  
 « sobre la ciudad y ciudadela. Es de orden dóri-  
 « co, y de aquel hermoso marmol blanco que se  
 « saca de las canteras de Pentélico, montaña de  
 « la Atica. Tiene cien pies de ancho, cerca de  
 « doscientos veinte y siete de largo, y cerca de  
 « sesenta y nueve de altura \*. El pórtico es doble  
 « en las dos fachadas, y sencillo en los dos lados.  
 « Por toda la fachada exterior de la nave corre  
 « un friso, en que se representa una procesion  
 « en honor de Minerva. Estos bajos relieves han  
 « aumentado la gloria de los artistas que los hi-  
 « cieron.

« En el templo se halla aquella famosa estatua  
 « tan celebrada por su magnitud, por lo precioso  
 « de la materia, y por la perfeccion del trabajo.

\* Segun M. Le Roi la longitud de este templo es de doscientos catorce pies nuestros, diez pulgadas, y cuatro lineas; y su altura de sesenta y cinco pies. Reduciendo estas medidas á pies griegos, tendremos cerca de doscientos veinte y siete pies de longitud, y cerca de sesenta y ocho pies y siete pulgadas de altura. La latitud parece señalada con el nombre de Hecatonpedon (cien pies) que daban los antiguos á este templo. M. Le Roi ha hallado en efecto, que el friso de la fachada tenia noventa y cuatro pies franceses, y diez pulgadas; que vienen á ser los cien pies griegos.

« En la magestad sublime que brilla en el rostro  
 « y en toda la figura de Minerva, se reconoce  
 « fácilmente la mano de Fidias. Las ideas de este  
 « artista tenian un caracter tan grandioso, que  
 « ha sobresalido mas en representar los dioses  
 « que los hombres. Se podia decir de él que mi-  
 « raba á los hombres desde muy alto, y á los  
 « dioses muy de cerca.

« La estatua tiene veinte y seis codos de altu-  
 « ra. Está de pie, cubierta con la egida, y con  
 « una túnica larga. Tiene en una mano la lanza,  
 « y en la otra una Victoria de cerca de cuatro co-  
 « dos de alta \*. Su casco, coronado de una esfinge,  
 « está adornado en los lados por dos grifos. So-  
 « bre la haz exterior del escudo, puesto á los  
 « pies de la diosa, representó Fidias el combate  
 « de las Amazonas; sobre la interior el de los  
 « dioses y los gigantes; sobre el calzado el de los  
 « Lapitas y Centauros; sobre el pedestal el na-  
 « cimiento de Pandora y otros muchos asuntos.  
 « Las partes descubiertas del cuerpo son de mar-  
 « fil, excepto los ojos, en que está figurado el  
 « iris por medio de una piedra particular. Este  
 « habil artista puso en la ejecucion un esmero  
 « infinito, y manifestó que su ingenio conser-

\* Siendo un codo entre los Griegos de pie y medio de los suyos, la altura de la estatua era de treinta y seis pies y diez pulgadas nuestros; y la de la Victoria de cinco pies y ocho pulgadas.

« vaba la superioridad hasta en los mas leves  
« pormenores.

« Antes de comenzar esta obra, se le obligó á  
« explicarse en la asamblea del pueblo sobre la  
« materia que habia de emplear. Fidias preferia  
« el marmol por la mayor duracion de su lustre;  
« oianle con atencion; pero cuando añadió que  
« tambien costaria menos, le mandaron callar,  
« y quedó resuelto que la estatua fuese de oro y  
« marfil.

« Se escogió el oro mas puro, del cual necesi-  
« taba una masa del peso de cuarenta talentos \*.  
« Siguiendo Fidias el consejo de Pericles, le dis-  
« puso de tal modo, que se pudiese separar

\* Estando entonces la plata en proporcion de uno á trece con el oro, cuarenta talentos de oro hacian quinientos y veinte talentos de plata, es decir, dos millones ochocientos ocho mil libras: (40,461,176 rs. vn.)

Tucidides dice cuarenta talentos; otros autores dicen cuarenta y cuatro, y otros cincuenta. Yo me atengo al testimonio de Tucídides. Suponiendo que en su tiempo era la proporcion del oro á la plata, de uno á trece, como en tiempo de Heródoto, los cuarenta talentos de oro harian quinientos y veinte de plata, los cuales á cinco mil cuatrocientas libras el talento, formarian un total de dos millones y ochocientos ocho mil libras. Pero como en el siglo de Pericles valia la dracma á lo menos diez y nueve sueldos, y el talento cinco mil y setecientas libras (véase la nota que acompaña á la tabla de la regulacion de las monedas al fin de esta obra), los cuarenta talentos de que se trata valian á lo menos dos millones novecientos sesenta y cuatro mil libras (44,042,532 rs. vn. 46 mrs).

« fácilmente. Dos motivos tuvo Pericles para dar  
« este consejo. Preveia el momento en que este  
« oro podria emplearse en los apuros del Esta-  
« do; y esto es en efecto lo que propuso al prin-  
« cipio de la guerra del Peloponeso. Preveia  
« tambien que se les podria acusar á Fidias y á  
« él de haberse quedado con una parte, como en  
« efecto se verificó; pero mediante la precau-  
« cion tomada por ellos se convirtió la acusacion  
« en confusion de sus enémgos \*.

\* La diosa estaba vestida con una túnica larga, que debia de ser de marfil. La egida ó la piel de la cabra Amaltea, le cubria el pecho, y acaso tambien el brazo izquierdo, como se ve en algunas de sus estatuas. En el borde de la egida estaban asidas unas serpientes: en el campo, cubierto de escamas de serpientes, se veia la cabeza de Medusa. De este modo se representa la egida en los monumentos y autores antiguos.

Ahora pues Isócrates que vivia todavia en el tiempo en que yo supongo al joven Anacarsis en la Grecia, dice que habian robado el Gorgonium; y Suidas, hablando de lo mismo, añade que habia sido arrancado de la estatua de Minerva. Por un pasage de Plutarco parece que por esta palabra se debe entender la egida.

Veamos ahora de qué estaba hecha la egida robada á la estatua. Prescindiendo de que no la hubieran robado, si no fuera de una materia preciosa, nos enseña Filócoro, que el hurto de que se quejaban era de las escamas y las serpientes. No se trata aquí de una serpiente que habia puesto el artífice á los pies de la diosa; pues esta era un accesorio, un atributo que no exigia ninguna magnificencia: por otra parte, Filócoro habla de serpientes en plural.

De lo que acabo de decir infiero que Fidias habia hecho de oro las escamas que cubrian la egida, y las serpientes que colgaban al rededor. Confirma esto Pausanias, diciendo que Minerva tenia en

«Tambien censuraban á Fidias que hubiese grabado en el escudo de Minerva su retrato y el de su protector. Se representó á sí mismo bajo la forma de un anciano en actitud de lanzar una grande piedra; y se pretende que por un ingenioso mecanismo está la figura ensamblada de tal modo, que no se la puede quitar sin destruir toda la estatua. Pericles está peleando con una amazona, y tiene un brazo tendido y armado de un dardo que oculta á los ojos la mitad de su rostro. El artista no lo ocultó en parte, sino con el fin de inspirar el deseo de reconocerle.

«Hay en este templo un tesoro donde los particulares depositan las sumas de dinero que no se atreven á tener en sus casas; y en él se conservan tambien las ofrendas hechas á la diosa, como son coronas, vasos y figurillas de divi-

el pecho una cabeza de Medusa de marfil; advertencia inutil, si la egida era de la misma materia, y si su cabeza no estaba realizada por el fondo de oro sobre el cual la habia aplicado. Las alas de la Victoria, que tenia Minerva en la mano, eran tambien del mismo metal. Los ladrones que entraron en el templo, hallaron medio para despegarlas, y habiendo reñido en la reparticion del precio, se descubrieron á sí mismos.

Segun diferentes indicios que omito, se puede presumir que los bajos relieves del casco, del escudo, del calzado, y quizá del pedestal, eran del mismo metal. La mayor parte de estos adornos subsistian todavia en la época que yo he escogido. Algun tiempo despues fueron robados por uno llamado Lacares.

«nidades hechas de oro y plata. Los Atenienses dedican allí muy comúnmente sus anillos, brazaletes y collares. Estos objetos se confian á los tesoreros de la diosa, quienes los custodian durante el año de su ejercicio; y al salir de él entregan á sus sucesores un estado que contiene el peso de cada cosa, y el nombre de la persona que ha hecho el donativo. Este estado, que luego se graba en marmol, testimifica la fidelidad de los guardas, y excita la generosidad de los particulares.

«Este templo, el de Teseo y algunos otros son el triunfo de la arquitectura y de la escultura. Nada añadiria á este elogio, aun cuando me extendiese en pintar las bellezas de su conjunto, y la elegancia de sus menudencias. No os espante tal multitud de edificios erigidos en honor de los dioses, dado que, al paso que se han corrompido las costumbres, se han multiplicado las leyes para precaver los delitos, y los altares para expiarlos. Por lo demas estos monumentos hermocean una ciudad, aceleran los progresos de las artes, y por lo comun se construyen á expensas del enemigo; porque siempre se destina parte del botin para la magnificencia del culto público.»

Tal fué la respuesta que di al mago Otanes. Ahora, sin salir de la ciudadela, nos vamos á colocar en diversos sitios que irán descubriendo

sucesivamente á nuestros ojos toda la ciudad.

Esta se ha prolongado en los últimos tiempos hácia el sudoeste, porque el comercio obliga cada día á los habitantes á acercarse á Pireo. Por este lado y por el oeste se levantan en las inmediaciones de la ciudadela rocas y alturas cubiertas por la mayor parte de casas. Tenemos á la derecha la colina del areopago; á la izquierda la del Museo, hácia el medio la del Pnix, en la cual he dicho que se reúne algunas veces la asamblea general. Notad hasta qué punto se celan los dos partidos en que están divididos los Atenienses. Como desde lo alto de esta colina se distingue claramente Pireo, hubo un tiempo en que los oradores, vueltos los ojos hácia este puerto, no olvidaban nada que pudiese incitar al pueblo á sacrificarlo todo á la marina. Los partidarios de la aristocracia lo sentian en extremo. Decian que los primeros legisladores solamente habian promovido la agricultura, y que Temistocles juntando la ciudad con Pireo, y la mar con la tierra, habia aumentado el número de marineros y el poder de la muchedumbre. Así es que, despues de la toma de Atenas, los treinta tiranos, establecidos por Lisandro, lo primero que hicieron, fué volver hácia el campo la tribuna de las arengas, dirigida antes hácia el mar.

No he hecho mencion de muchos edificios situados en los costados y en las cercanias de la ciudadela. Tales son, entre otros el Odeon y el templo de Júpiter olimpico. El primero es aquella especie de teatro, que Pericles hizo construir, para los combates de música, y en el cual tienen á veces sus juntas los diez arcontes. El techo sostenido por columnas se construyó de los destrozos de la armada de los Persas vencidos en Salamina. El segundo se empezó en tiempo de Pisistrato, y se dice que seria el templo mas magnífico, si estuviese acabado.

Los pies se detenian á menudo; y la vista se sorprendia en el camino que traíamos desde Pireo hasta donde estamos. Pocas calles y pocas plazas hay en esta ciudad que no ofrezcan semejantes objetos de curiosidad; pero es menester no guiarse por la apariencia. Un edificio, cuyo exterior es despreciable, encierra tal vez un tesoro precioso. Mirad si descubris hácia el norte, en el cuartel Melito, algunos árboles al rededor de una casa que apenas se divisa: esa es la habitacion de Focion: á este lado, en medio de las casas, hay un templo pequeño dedicado á Venus: y allí es donde se ve una pintura de Zeuxis, que representa el Amor coronado de rosas: allá bajo, cerca de aquella colina, hay otro edificio, donde el rival de Zeuxis hizo uno de aquellos ensayos que descubren el genio. Persuadido

Parrasio de que, fuese por la expresion del semblante, fuese por la actitud y movimientos de las figuras, podia su arte sensibilizar á los ojos las calidades del alma y del corazon, haciendo el cuadro del pueblo de Atenas, emprendió trazar el caracter, ó mas bien los diversos caracteres de este pueblo violento, injusto, afable, compasivo, fanfarron, rastrero, fiero y tímido. ¿Pero cómo ejecutó este ingenioso proyecto? No quiero privaros del placer de la sorpresa: vos mismo juzgareis.

Os he hecho correr á toda prisa por dentro de la ciudad: ahora vais á ver de una mirada lo exterior. Al levante está el monte Himeto que las abejas enriquecen con su miel llena del perfume del tomillo. El Iliso que corre por su falda, va serpenteando al rededor de nuestras murallas. Encima veis los gimnasios del Cinosargo y del Liceo. Al noroeste descubris la Academia, y un poco mas allá una colina llamada Colona, en la cual puso Sófocles la escena de Edipo, que tiene el mismo nombre. El Cefiso, despues de enriquecer con sus aguas este pais, viene á mezclarlas con el Iliso. Las últimas se secan algunas veces en los calores grandes. El pais está hermosado con las casas de campo que se ven por todos lados.

Concluyo recordándoos lo que dice Lisipo en una de sus comedias: « quien no desea ver á

« Atenas es estúpido: lo es todavía mas el que  
« la ve, y no se enamora de ella; pero el colmo  
« de la estupidez es verla, enamorarse de ella,  
« y dejarla. »

